

Leovigildo Martínez: el arte como proyecto ancestral

ENRIQUE FRANCO CALVO



Tecas,
1996,
técnica
mixta/papel,
56 x 75 cm

El universo de las posibilidades

La obra de Leovigildo Martínez (Oaxaca, Oaxaca, 1959) se desenvuelve con personalidad propia dentro del enorme panorama que presenta hoy día el movimiento de la plástica oaxaqueña. Susceptible de ser adjetivado por la región en que ha nacido un notable grupo de artistas, este movimiento se puede dividir en varias generaciones y a través de ellas es posible rastrear más de un hilo rector. Tal característica es lo que ha permitido que en más de una ocasión se hable de una escuela de pintura y, al mismo tiempo, ha servido para que se presenten por aquí y por allá, en el ambiente artístico nacional, exposiciones colectivas fácilmente armadas a partir de obras de grupos unidos momentáneamente o de curadurías sin mayor concepto que el del lugar de nacimiento de los artistas.¹ Cabe

¹ Véase Jorge Alberto Manrique *et al.*, "Artistas de Oaxaca", en *Hechizo de Oaxaca*, Marco, México, 1991, 430 pp. Este libro acompañó la exposición que se presentó primero en Monterrey y luego en el Museo del Palacio de Bellas Artes. Se trató de un macroproyecto que, sin duda alguna, ha sido uno de los mejores por la visión y exposición que ofrece de la cultura oaxaqueña, incluido su arte moderno.



Santa María Elena, 1997, óleo/lino, 100 x 80 cm



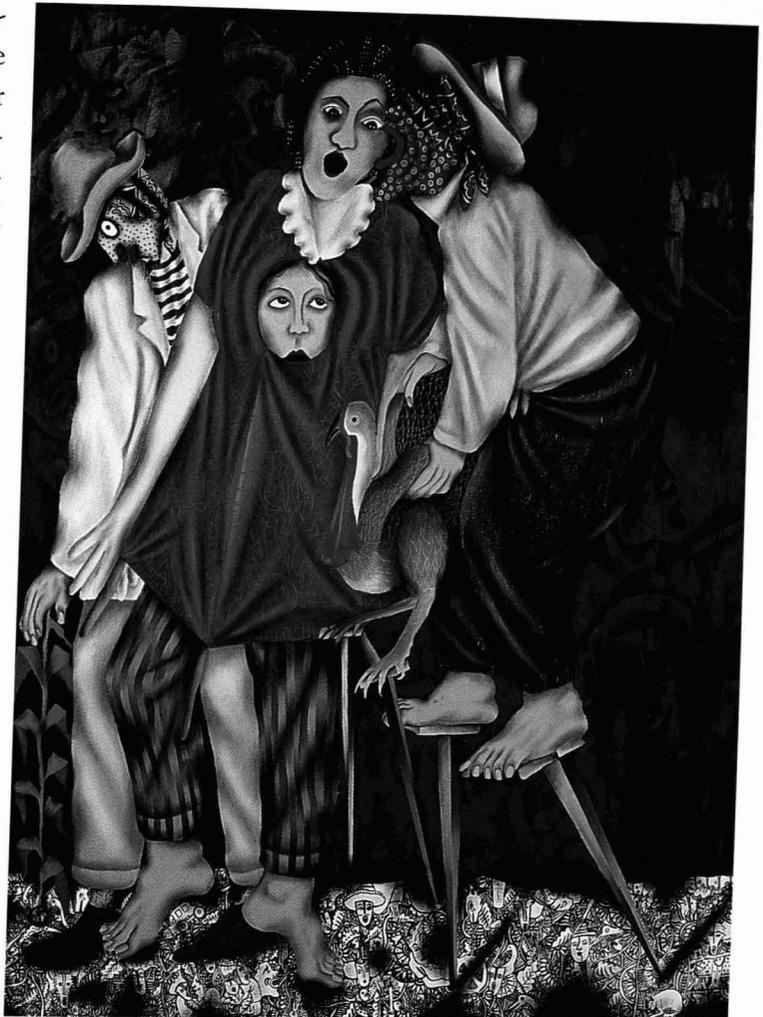
Habladores, 1992, acuarela/papel, 56 x 38 cm



señalar que hasta el momento se ha presentado un buen número de muestras colectivas de artistas oaxaqueños, pero la mayoría de ellas no reúnen más que productos limitados porque carecen de un concepto curatorial riguroso.²

Cuando se habla de la plástica oaxaqueña contemporánea, el estudioso se enfrenta, entre otras, a dos actitudes: por una parte, a la indiferencia ante el origen regional y, por otra, a la insistencia respecto a la procedencia oaxaqueña del artista. La primera tiene que ver con el momento en que se genera este gran grupo de creadores modernos, cuya primera generación incluye el nombre de A. Reyes, pintor popular del siglo XIX que, hasta el momento, es el primero que, según tengo noticias, retrató el paisaje oaxaqueño de acuerdo con una propuesta moderna: en su producción están presentes el sentido de autoría y una fuerte expresión, se soslaya la obligación decimonónica de pintar temas religiosos, etcétera.³

Vendría después una generación de pintores "profesionales", entre los que cabría señalar a Francisco Gutiérrez (1906-1943) y a Rufino Tamayo (1899-1991). Otra generación inmediata tendría que incluir a Rodolfo Nieto (1937-1985) y Francisco Toledo (1940). Hasta aquí la idea de pertenencia a una región puede ser incidental, pero con el adveni-



Ofrenda, 1997, óleo/lino, 155 x 120 cm

² Exposiciones inmediatas, recuerdo dos, ambas en el Distrito Federal: una que congregó a más de cien autores en las salas de exposiciones del Centro Médico Siglo XXI y una posterior instalada en el Palacio de Minería. Asimismo, no podemos negar que a estas alturas del fin del milenio han sido escasos los buenos artículos sobre la plástica oaxaqueña contemporánea en general; entre ellos sobresale el de David Martín del Campo, "Los colores de Antequera", en *Memoria de Papel. Crónicas de la Cultura en México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, octubre de 1992, pp. 57-81.

³ A. Reyes, *Autorretrato*, 1887, óleo sobre tela, 124 x 104 cm., colección privada. El cuadro tiene los siguientes elementos: en medio de un paisaje serrano, un hombre, que al parecer sale de un establo, camina seguido por un caballo. Por sus características, es muy probable que el personaje, que sujeta con las riendas al animal, sea un campesino rico, con la suficiente solvencia como para poseer una bestia de calidad. El sombrero y las vestimentas podrían corresponder a la moda oaxaqueña de los últimos años del siglo XIX y los principios del XX, como puede desprenderse de las fotos de la época. Además, si se observa la geografía recreada en el cuadro, se trata muy probablemente de un personaje de la región de la Costa Grande de Oaxaca o Guerrero. El apellido Reyes también es común en esta última entidad. El personaje trae colgado un morral que no da la impresión de servir para transportar alimentos durante la faena, sino más bien para guardar dinero. Por otra parte, el animal, brioso al ser sujetado, no parece ser de los que se emplean en las labores del campo, sino un caballo de carreras útil para jugar apuestas. Vale la pena señalar que el hierro con que está marcada la bestia tiene las iniciales AR, que son las mismas de quien firma el cuadro: A. Reyes. Esto nos lleva a pensar que se trata de un autorretrato: autor-jinete y caballo.

miento de la siguiente generación sobreviene una revaloración del lugar donde se ha nacido, sin que por ello se acentúe tal aspecto: Luis Zárate (1951) y José Villalobos (1951) pueden ilustrar tal hecho.

Pero las generaciones más recientes no sólo ponen énfasis en cuanto a su lugar de nacimiento sino que incluso, en muchas ocasiones, ese dato llega a resultar su carta de presentación —antes que pintor, se es oaxaqueño—: ello ocurre con Sergio Hernández (1957), Jesús Urbieto (1959-1997) y Leovigildo Martínez (1959), por señalar tres notables artistas.

Aquí detengo mi listado, no sin aclarar que no traigo más nombres a colación en tanto que presentan características muy singulares, debido a su formación y su ubicación dentro del arte mexicano, o a que las edades de ciertos creadores impiden encasillarlos en grupos generacionales, como es el caso de Rodolfo Morales (1925). Asimismo, aunque su talento me parece indiscutible, no cito a las nuevas generaciones por considerar que aún necesitamos un espectro histórico más amplio para hablar de ellas con mayor certeza. Al escribir esto, pienso en la joven promesa en que se ha convertido Rosendo Pérez Pinacho (1972).

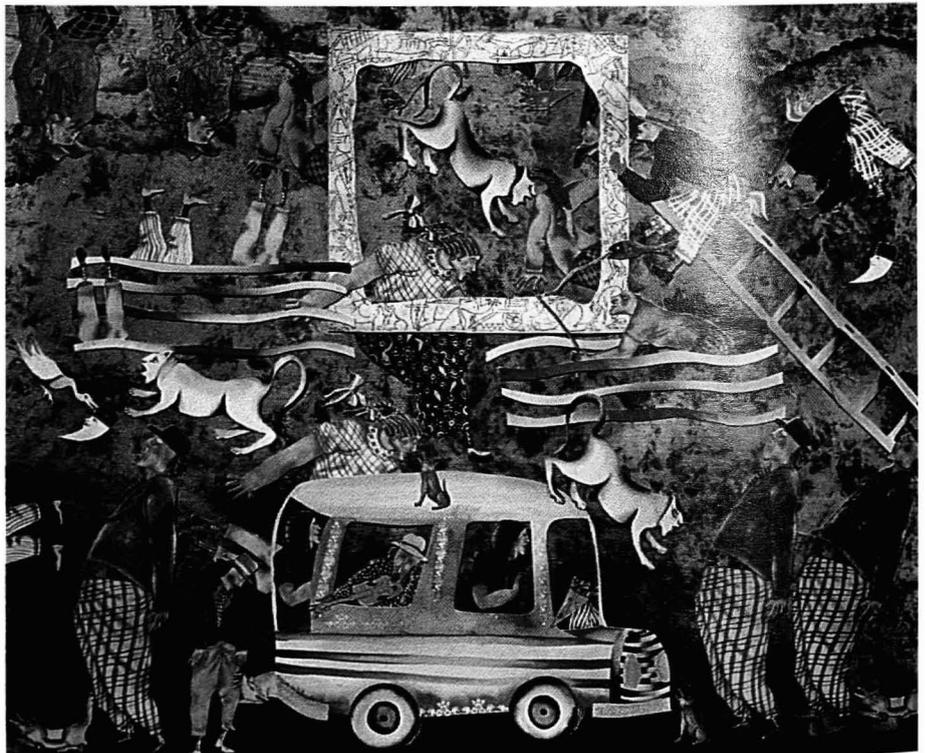
Sin lugar a dudas, esta lista de nombres puede dar al lector una idea de la cantidad de autores que conforman el panorama plástico donde Leovigildo Martínez ocupa un sitio especial. Naturalmente, ello no sólo ha influido en los aspectos estilísticos de los artistas, sino también en las cuestiones del mercado. Vale la pena comentar en este renglón que si hay un estado de la República mexicana poseedor de un mercado cautivo, se trata de Oaxaca.

Las generalidades como mutaciones

La insistencia en que se es o no oaxaqueño ha sido resultado de las expectativas surgidas en torno a los artistas de esta región. Por ese motivo, los títulos de exposiciones colectivas ven en el gentilicio la posibilidad de un éxi-



Pasos en la azotea, 1995, técnica mixta/papel, 38 x 56 cm



to seguro en cuanto a público visitante o a aspectos de mercado. Exagerando, se podría suponer que los organizadores de muestras padecen un prejuicio de este tipo y, en consecuencia, también el público lego: si Tamayo, Nieto y Toledo son grandes artistas y nacieron en Oaxaca, entonces tal pintor o tal grupo de creadores, por ser oaxaqueños, seguramente son por igual grandes autores. Mi planteamiento no es descabellado y resulta posible comprobar su validez en la realidad inmediata.

Pero si esto último ocurre en el aspecto social, el sentido de escuela oaxaqueña de pintura se ha planteado a partir de parentescos plásticos. Quisiera señalar que, desde mi punto de vista, entre



Danzantes
urbanos,
1997,
óleo/lona,
110 x 200 cm

los oaxaqueños hallaríamos más de una escuela. Una tendría que ver con el manejo de las tierras y de una paleta donde los colores son muy similares; piénsese en un grupo así: Tamayo, Toledo, Villalobos. Otro conjunto de autores pondría especial énfasis en las formas y daría como resultado una visión fantástica muy emparentada con el *art brut* de Dubuffet: Toledo nuevamente, Nieto, Hernández, Pinacho. Otro más podría constituirse con los nombres de Gutiérrez Carreola, Leovigildo Martínez y Felipe Morales. Estos últimos son todos figurativos y, aparte de ser maestros de la línea, son técnicos perfectos. No obstante, su producción posee mucho de la fresca *naive* sin adscribirse a este tipo de pintura, y corre el riesgo de aproximarse al arte popular, en demérito de éste y en detrimento de la creación moderna.

Leovigildo Martínez forma parte de un linaje de artistas muy rico y plural, en el que resulta cada vez más difícil seguir las trayectorias particulares. Por ello, revisar el currículum de Martínez podría exigir un espacio superior a estas páginas y en ellas nos limitaremos a presentar una breve semblanza. Estudió en el Centro de Educación Artística y en el Taller de Artes Plásticas Rufino Tamayo, de Oaxaca. Ha participado en más de cuarenta exposiciones colectivas y su obra se ha presentado en más de veinte museos de diferentes ciudades de la República mexicana, Estados Unidos, América del Sur y Asia. Ha pintado tres murales en otras tantas ciudades: Santa Fe, Nuevo México; Nueva York, Nueva York, y México, D. F. Ha ilustrado varios libros, entre los que destacan *Los veinticinco gatos mixtecos*, obra premiada por la Sociedad de Ilustradores

◀ Pasajeros,
1992,
collage/papel,
56 x 75 cm

de Nueva York. En la IX Bienal Iberoamericana de Arte recibió mención honorífica por su grabado *La comparsa* (1991).

El individuo como proyecto ancestral

Observar la obra de Leovigildo Martínez implica un ejercicio en extremo complejo. Aparte de su contexto inmediato de producción, es decir, Oaxaca, se aprecian en ella influencias de Marc Chagall porque, como la de éste, crea y recrea las fantasías del pueblo. En otro extremo, desde un enfoque que abarcara el espectro nacional, podríamos unir a Martínez a los neomexicanistas que en la década de los ochentas hicieron eclosión, como Julio Galán, Esteban Azamar, Adolfo Patiño y



Fandango,
1997,
óleo/lino,
165 x 200 cm.

otros.⁴ Éstos, como se sabe, volvieron a emplear de manera recalcitrante los símbolos patrios y todos los elementos capaces de determinar una identidad nacional. Así, es fácil ver que la pintura de Leovigildo Martínez tiene más de un rasgo en común con muchas corrientes y estilos. Por supuesto que nada de ello es fortuito, pero no invalida los argumentos en favor de su producción. Por el contrario, nos damos cuenta de que nos hallamos frente a un artista que ha sabido interpretar de manera coherente el momento plástico que le tocó vivir, además de que ha logrado la proeza de apropiarse de un lenguaje personal. Y he escrito proeza, pues ya hemos visto que tran-

⁴ Un libro reciente que aborda a buena parte de las últimas generaciones surgidas en nuestro país es el de Luis Carlos Emerich y Enrique Franco Calvo, *Nueva plástica mexicana. Pintura y escultura*, Grupo Júmex, México, 1997, 227 pp.

Santísimo,
1996,
óleo/lino,
150 x 120 cm



sita por terrenos muy fértiles de creadores.

La obra de Leovigildo Martínez es figurativa. Se caracteriza por un fino dibujo y un gran dominio del color. Sus composiciones tienen complejos enramados donde lo mismo flotan en el aire los personajes humanos que cobran vida seres inanimados, sean lunas, cuerdas o escaleras. La fauna de sus cuadros resulta un compendio de las variedades que habitan Oaxaca, pero el autor pinta, antes que animales fantásticos, seres excepcionales: los gatos son capaces de aprender a curar con métodos tradicionales, los coyotes son seres del mal.

Por otra parte, los personajes de sus imágenes conforman un catálogo de tipos con los que se podría formular toda una so-

ciología de los habitantes de Oaxaca. Así, retrata diversos estratos sociales y condiciones humanas, al igual que temperamentos y conductas dentro de la colectividad. Es muy probable que debido a ello los habitantes de los cuadros de Leovigildo Martínez muchas veces dan la impresión de estar actuando o ser producto de una escenografía. Y aquí entraríamos en una discusión de otra índole. Hemos insistido en que la obra de este pintor es narrativa, porque posee la capacidad de con-

La luna se fue a
una fiesta,
1992,
óleo/lino,
166 x 260 cm





Fiesta del estandarte,
1995,
acuarela/papel,
56 x 75 cm

tar historias. Como ya indicamos, esta cualidad se ha concretado incluso en el campo de la ilustración de libros propiamente dicha. Sin embargo, en épocas recientes se ha querido ver el arte como una estructura o un lenguaje válidos por sí mismos, que no necesitan contar algo más que las categorías que lo constituyen. Tal visión ha pretendido excluir del arte las obras de carácter narrativo. Desde mi perspectiva, afirmo que no entiendo en absoluto tal criterio, pues si lo aplicáramos de manera literal tendríamos que destacar la casi totalidad de la pintura mural mexicana y nos quedaríamos apenas con unos cuantos ejemplos de la pintura no figurativa. Considero que toda producción plástica, en tanto que ha superado el rango de sus posibilidades técnicas, puede desarrollar cualesquiera temas o historias. Así, Doré, antes que gran ilustrador, es un gran artista, ya sea por su virtuosismo o por sus posibilidades técnicas. Añadiré que, para ser un gran ilustrador, se debe ser antes un gran artista. No creo que al respecto haya puntos intermedios.

La obra de Leovigildo Martínez es producto de una habilidad y de un conocimiento técnico muy ejercitado. El autor es un artista de detalles, que hace gala de paciencia y de buen dibujo, de excelente línea. Diré asimismo que se trata de un notable colorista.

Tan propia del realismo mágico, a la manera de Juan Rulfo, o tan surrealista, a la manera de Chagall, la obra de Leovigildo Martínez pareciera ser el producto del observador de un espacio y de un tiempo que narra una sola historia infinita e irrepetible. Valgan estas líneas para acercarnos a la obra de este pintor que merece mayores elogios y mejor estudio.⁵ ♦

⁵ De los ensayos que sobre Leovigildo Martínez se han escrito, me gustaría citar uno inédito de Luis Carlos Emerich, "Los juegos perdidos de Leovigildo Martínez", que, tengo entendido, publicará próximamente Banamex en un catálogo, y otro de Matthew Gollub, "Bebiendo en el oasis del neobarroquismo mexicano", en *Huaxyáac. Revista de Educación*, Instituto Estatal de Educación Pública de Oaxaca, Oaxaca, mayo-agosto de 1994, pp. 49-56. Finalmente, me gustaría añadir que la obra de Martínez ha sido reproducida en publicaciones de los Estados Unidos como *Publishers Weekly*, *News and Events* y *Houston Chronicle*, entre otras.